

frases lacónicas, moderadas y dignas. Menciona las consecuencias de la ocupacion de la plaza de Guadalajara en 1858; pero no dice que entre ellas figura la prision que sufrió en el Hospital de Belem y en el convento de Jesus María por orden de D. Santos Degollado; ni indica siquiera los tratamientos bárbaros, los insultos salvajes, los atropellos crueles de que fué víctima antes de esa prision, en ella y despues de ella. La venerable víctima se da por contenta y satisfecha con la aprobacion de su superior; y solo desea que sus sacrificios hayan sido aceptos á Dios. ¡Almas venturosas, para las cuales la conciencia del deber cumplido, es el premio mas digno á que aspiran sobre la tierra; y que mas allá de la tierra, solo miran al Señor de las justicias y los galardones! ¡En almas de ese temple se cumple en toda su plenitud el proverbio sagrado: "Ningun acontecimiento podrá contristar al justo!"

Pero acaso no fué el año de 1855 la época en que el venerable Gobernador de la Mitra de Guadalajara tuvo mas que sufrir. Despues vino el año de 1860, de infausta recordacion. La historia de ese año y de los conflictos en que se vió la Iglesia de Guadalajara, nos es conocido en todos sus detalles; pero seria imprudente ocuparnos de ella. Basta á nuestro propósito consignar aquí, que en la segunda mitad de dicho año, el Sr. Guerra, en su calidad de Gobernador de la Mitra, tu-

vo que luchar contra las exigencias apremiantes ó injustas de un Gobierno militar exhausto, y azuzado por siniestros consejeros: que vió desaparecer de la Catedral de Guadalajara, bajo las inspiraciones de esos consejeros, hasta el tabernáculo del altar principal, hasta los pobres y últimos restos de una riqueza diez veces diezmada: restos que entraron á la Casa de cuño para ser convertidos en moneda de mala ley: que despues de estos sacrílegos atentados vino la ocupacion de la Plaza, la destruccion de los templos, la exclaustracion de religiosos de uno y otro sexo, la ocupacion de los establecimientos piadosos, el robo del tesoro de la Iglesia de San Francisco.....
Y todo esto, y mas todavía tuvo que presenciario el venerable Sr. Guerra, quien si conservó la vida y el juicio, fué sin duda porque Dios le guardara para cosas mas grandes. En verdad que, en tan terrible crisis, solo pudo sostener al sensible Gobernador de la Mitra de Guadalajara la palabra del que dijo: "Bienaventurado aquel hombre que sufre con paciencia la tentacion ó la tribulacion, porque despues que fuere probado recibirá la corona de vida que Dios ha prometido á los que le aman." Y nosotros le vimos sufrir con la paciencia de un héroe; nosotros le vimos en algunos de los momentos mas angustiosos: le vimos oprimido, abatido, confundido; pero ja-

más le oímos una palabra descompuesta; jamás presenciámos una demostración de enfado: jamás le escuchámos prorumpir, como pudiera, en una queja amarga. Pasados ciertos momentos; comparables al instante solemne en que un mártir hace la oblacion de sí mismo, se le encontraba sereno, mesurado, grave y con la calma necesaria para dar una orden, ó dictar una contestacion, ó entrar en conferencia para el arreglo de un negocio. Nos parece tener delante todavía su respetable figura, de pié, cruzando los brazos sobre el pecho, levantando al cielo sus ojos, con un movimiento casi imperceptible en sus lábios, que acaso articulaban una invocacion piadosa, y lanzando un profundo suspiro que concluía por esta palabra, signo de firmeza y de resignacion. ¡Adelante!

El venerable primer obispo de Zacatecas habrá encontrado en el cielo, escrita en libro de la vida con letras imborrables, su historia de 1860 en Guadalajara. Allá habrá encontrado al pié del trono de Dios al Angel de las plegarias presentando en copa de oro muchas de las lágrimas que derramó en secreto: las lágrimas del justo, de las cuales pudo decir con el Salmista: "Tú tienes presentes ante tus ojos mis lágrimas, conforme á tu promesa."

El 1º de Enero de 1861, el Sr. Guerra, huyendo de las turbulencias de Guadalajara y de todo

Jalisco; para ponerse á salvo de los odios y persecuciones injustas del gobierno del Estado en aquella época, se estableció en Leon (la ciudad de refugio) en el Estado de Guanajuato. El gobierno del Sr. Doblado le favoreció muy bondadosamente contra las exigencias del de Jalisco. En ese mismo tiempo, muchos otros jaliscienses, que corrían inminente peligro en sus domicilios, se encontraban refugiados en Leon; donde hallaron toierancia, hospitalidad, amistad y aun recursos para vivir los que de ellos carecian, ministrados por los generosos leoneses. Muchos amigos nuestros eclesiásticos y seculares, militares y paisanos, pobres y ricos, varones y señoras, experimentaron la bondad y los cordiales oficios de los habitantes de Leon, de quienes conservan recuerdos muy gratos. Aprovechamos esta ocasion para dar testimonio de nuestras simpatías por esa ciudad de refugio y por sus generosos habitantes; á quienes agradeceremos siempre la hospitalidad que dispensaron á nuestros correigionarios en política; entre los cuales se contaban amigos, maestros y compañeros nuestros que allí fueron en busca de garantías para su vida, de pan algunos para su hambre, de paz todos, para sus espíritus; y lo encontraron allí todo, entre personas desconocidas, extrañas; pero que llevan en sus pechos corazones generosos y henchidos de cristiana nobleza. ¡Loor eterno á los leoneses; prosperidad

para su ciudad y bendicion para todas sus buenas empresas! Que sobre ellos se cumpla la bendicion del cielo para los que hacen el bien! Que alguna vez, como á Abraham y á Lot, les suceda, en premio de su hospitalidad, recibir ángeles en sus casas, sin saberlo; y que en pos les vengan las bendiciones del cielo que los ángeles traen consigo, cuando visitan en paz á los buenos de la tierra!

En 8 de Abril de 1862, residiendo todavía en Leon el Sr. Guerra, fué preconizado obispo de Maricópolis *in partibus infidelium*, con obligacion de residir en Guadalajara ó en cualquiera otro punto de la diócesis, para desempeñar las funciones de obispo auxiliar del I. S. Espinoza. Mas el 17 de Marzo de 1863, fué trasladado al obispado de Zacatecas, cuya nueva creacion habia sido anunciada por S. S. el S. Pio IX en Consistorio del 16 del mismo mes y año. En principios de 1864 se dirigió á esta capital con objeto de ser consagrado, y lo fué en efecto, en 28 de Febrero, en el templo de Santa Teresa la antigua. Recibió la consagracion de manos del I. S. Dr. D. Pedro Espinoza primer arzobispo de Guadalajara, asistido de los II. SS. Dr. D. Carlos María Colina y Rubio obispo de Puebla, y Dr. D. Pedro Barajas obispo de San Luis Potosí. Fueron padrinos en el acto de la consagracion, el E. Sr. Dr. D. Teodosio Lares, antiguo

é íntimo amigo del nuevo obispo, y el Sr. D. Manuel Jacinto Guerra su hermano menor.

En esta fecha se abre una nueva época para el I. S. Guerra. Los que conociamos el acendrado mérito del nuevo obispo; que habiamos tenido ocasion de admirar muy de cerca sus virtudes; que teniamos noticias detalladas de sus largos é importantísimos servicios como profesor, como párroco, como juez eclesiástico, como gobernante de una iglesia, no vimos en su elevacion al pontificado sino la retribucion debida y justamente acordada á un mérito notorio. Por lo mismo, nos congratulamos por el acontecimiento: pero al mismo tiempo, él nos fué muy sensible, porque comprendimos que la carrera episcopal de nuestro querido maestro, seria muy breve, y que sucumbiria agobiado por el peso de su nuevo cargo. Ni podia suceder de otra manera. El I. S. Guerra era un hombre de deber en toda la extension de la palabra; nimio para el cumplimiento de sus obligaciones hasta en los detalles más pequeños: y si nos constaba que de simple sacerdote no se permitia por largos dias una sola hora de solaz y de reposo, preveíamos que, una vez llegado á la plenitud del sacerdocio, sus horas, sus dias, su vida toda habia de ser un sacrificio no interrumpido; y un sacrificio que, aun llevado á la última meta, nunca sin embargo, dejaría satisfecho al que lo hacia. El primer obispo

de Zacatecas habria sucumbido en un esfuerzo supremo por cumplir con el deber, repitiendo con humildad profunda aquellas palabras del Evangelio: "Siervos inútiles somos; no hemos hecho mas que lo que teniamos obligacion de hacer."

En 5 de Junio de 1864 quedó erigida con todas las solemnidades canónicas la nueva Iglesia de Zacatecas, y el I. S. Guerra hizo su entrada á la ciudad episcopal entre diez y once de la mañana del 12 del mismo mes y año. En el acto tomó posesion del Obispado con todas las ceremonias y solemnidades prevenidas para tales casos, y comenzó desde ese dia á arrostrar una série no interrumpida de trabajos, de penas y dificultades. Todo esto era muy natural cuando se trataba de la fundacion de una nueva Iglesia, en la que era necesario crearlo todo, y arbitrar elementos para ello en medio del trastorno que de muchos años á esta parte, vienen resintiendo las cosas eclesiásticas. Pero aun sobre estas dificultades naturales y ordinarias, el nuevo prelado tuvo que luchar con otras que le fueron tanto mas sensibles, quanto eran mas inesperadas, atendido su origen.

En el acto se ocupó asiduamente de la creacion y arreglo de todo aquello que era mas indispensable para el sér formal de su Iglesia; creó el cabildo eclesiástico que fué instalado pública y solemnemente el 1º de Noviembre de 1864. Tan luego

como este cuerpo quedó establecido, y en él un custodio de los derechos é intereses de la Iglesia Catedral, en los casos de ausencia del I. Prelado, y en todos el Consejo nato del obispo, éste se ocupó de preparar su visita diocesana; atencion de primera necesidad, cuyo desempeño era lo único que deberia ponerle en el caso de poder decir con el Buen Pastor: "Conozco mis ovejas, y las ovejas mias me conocen á mí."

En 24 de Agosto de 1865 partió S. S. I. para la ciudad de Fresnillo, con objeto de comenzar por esta importante parroquia su visita diocesana. Practicó en efecto la visita de ella, no limitándose á la cabecera; sino que recorrió varias haciendas pertenecientes á la jurisdiccion del mismo curato, administrando en todas partes los sacramentos, de la Confirmacion y de la Penitencia, y predicando la divina palabra. El 11 de Noviembre partió de Fresnillo para el curato de Jerez, en donde permaneci6 hasta el 30 de Enero de 1866 que se vió precisado por los progresos de la revolucion á regresar á la capital; pero esto no sucedió, sino despues que habia recorrido los puntos mas importantes de la jurisdiccion de la parroquia y de haber ejercido los mismos oficios pastorales que en la de Fresnillo. Vuelto á la ciudad episcopal, tuvo que permanecer en ella, sin poder continuar su visita comenzada, á causa del público trastorno ocasionado.

nado por la retirada del ejército francés, y ocupación de las poblaciones que este abandonaba, por las tropas republicanas. Pasada esta crisis volvió á emprender la visita en 28 de Octubre de 1867, y la continuó sin descanso hasta Octubre de 1869 en que emprendió su viaje á Roma, llamado por el Sumo Pontífice para la celebracion del Concilio Ecuménico Vaticano.

Sería muy difuso narrar detalladamente todos los trabajos apostólicos del I. S. Guerra durante su visita episcopal. Baste decir que administró el sacramento de la Confirmacion á muchos millares de personas; administraba tambien el de la penitencia al par de los sacerdotes que le acompañaban; predicaba incesantemente á los fieles, y todo esto hacia sin perjuicio de las demas atenciones que demanda la visita de las parroquias en todo lo formal, administrativo y material de ellas. Debido á tan asidua solicitud y diligencia pastoral, fué que en todas las partes que visitó, dejara sembrados afectos imperecederos y muy cordiales simpatías. En todos los lugares han quedado recuerdos vivísimos de la grande caridad, humildad profunda y natural amabilidad del primer obispo de Zacatecas. Esas simpatías obligaban á los pueblos á hacer en obsequio de su Pastor demostraciones espontáneas mas ó menos solemnes: demostraciones que siempre lastimaban la modestia del Prela-

do, y que alguna vez le ocasionaron la pesadumbre de ver á su rebaño tratado mal por las autoridades públicas. Pero, á quienes llevaban á mal el entusiasmo del pueblo fiel á favor de su ilustre Pastor, pudieron echarse en cara aquellas palabras divinas: “En verdad os digo que si estos callan, las mismas piedras darán voces.»

El fruto de su predicacion apostólica se ha dejado conocer mas de una vez y por mas de un motivo. El I. S. Guerra, cuya pronunciacion era un poco mas rápida que lo que conviniera para la predicacion, poseía en compensacion, y en muy alto grado, esa cualidad oratoria que es un don del cielo; don reservado al sacerdote católico, y que se llama *uncion*. Esa cualidad que depende de la fe del orador y del sentimiento caritativo con que se esfuerza por comunicar, por inspirar su propia fé, debia poseerla muy eficaz el venerable obispo de Zacatecas; porque, en cuanto á su fé, ella era tal como la que demanda el Apóstol para la justificacion; creia con el corazon: en cuanto á su caridad, podia decir con el mismo Apóstol: “Híceme todo para todos, por salvarlos á todos.» Ese don de la uncion en la palabra, que hace innecesarias todas las otras dotes naturales, parece imposible que falte alguna vez á un obispo que tiene fé profunda en lo que predica, y que fulmina la palabra á impulsos de la caridad que rebosa en su corazon. Y

decimos que parece imposible, supuesta la naturaleza y objeto de la mision episcopal, ordenada y dirigida por el Espíritu Santo para el régimen de la Iglesia de Dios. Esto explica muchos casos que ocurren, semejantes al siguiente, que leimos alguna vez. Un pobre aldeano bearnés oia predicar á su obispo, á quien, como lo hiciera en frances, no le entendia una palabra; sin embargo, él se manifestaba conmovido: alguno que lo notó así, le interrogó, cómo era que se afectaba por lo que no entendia: entónces el aldeano le contestó: "*Sí, no entiendo, pero el alma oye.* No era la significacion de la palabra no entendida; sino la uncion de la palabra sentida la que conmovia el corazon del buen bearnés. ¡Cuántos aldeanos zacatecanos derramarían lágrimas arrancadas por la uncion de la palabra sentida, aunque fuera no entendida, de su primer pastor!

Dijimos ya que en Octubre de 1869 el I. S. Obispo de Zacatecas emprendió viaje á Roma. llamado por el Sumo Pontífice para que concurriera á la realizacion de la gran quimera del siglo XIX, ¡el Concilio Ecuménico Vaticano! Hace cincuenta años murió un ilustre escritor católico, que dejó en una de sus obras consignadas estas líneas: "Mas en los tiempos modernos que el mundo culto se ve como dividido, por decirlo así, en tantas soberanías, y que además se ha engrandecido inmensamente

por nuestros intrépidos navegantes, un Concilio Ecuménico ha venido á ser una quimera: pues solo para convocar á todos los obispos y hacer constar legalmente esta convocacion, apénas bastarian cinco ó seis años." Y es que el conde Maistre, para escribir esas líneas no contó con los inescrutables juicios de Dios á favor de su Iglesia; ni con Pio IX Vicario de Jesucristo en la tierra, valiéndose del vapor y de la electricidad para acortar las distancias y reducir los tiempos en servicio de la Iglesia y para gloria de Dios. ¡Así tambien, cierto rey que prestó otro rey á la España, acaso no ha tenido en cuenta las consecuencias, que para sus atentados sacrílegos puede tener, la dispersion de las ovejas que, despues de haber presenciado el azote que hirió al Pastor universal, han llevado la voz de alarma á los corderos por todos los ángulos del mundo!

El primer obispo de Zacatecas asistió al Concilio Ecuménico Vaticano y concurrió con su *placet* á la declaracion del dogma de la infalibilidad del Sumo Pontífice; es decir, ha concurrido con la Iglesia universal á poner fuera de cuestion esa gran verdad que habia sido la lima en que se gastaran tantos dientes envenenados. ¡Providencias maravillosas del cielo! En un siglo en que las atrevidas empresas y colosales desarrollos del elemento material, parece que amenazan aplastar al mundo mo-

ral con su inmensa mole; en ese mismo siglo, sélec-
cientos hombres que no se conocen, que viven se-
parados por millares de leguas, que hablan diver-
sas lenguas y que representan las creencias de
centenares de millones; haciendo servir á su pen-
samiento los elementos mas inconscientes, se reu-
nen en un centro comun para establecer sobre una
roca eterna un principio grande, que tendrá de ser
el inamovible fulcro sobre que haya de girar en los
venideros siglos la potente palanca sobre cuyos ex-
tremos se mecerán y oscilarán el espíritu y la ma-
teria. ¡Tanto importa la verdad dogmática decla-
rada por el Concilio Ecuménico Vaticano de 1870!
El mismo que llamó *una quimera* á ese Concilio,
dijo así del dogma que en él se acaba de establecer:
“No sé si se habrá observado sobre esta grande
cuestion (de la infalibilidad), igualmente que sobre
otras muchas, que las verdades teológicas no son
otra cosa que unas verdades generales, manifesta-
das y divinizadas en el órden religioso, de tal ma-
nera, que no se podría combatir é impugnar nin-
guna de ellas, sin atacar una ley eterna del mundo.”

El I. S. Guerra permaneció en la ciudad eterna,
hasta la solemne suspension del Concilio. Durante
su permanencia allí se encontraba de tal manera bien
que, cuando los Venerables Padres tuvieron que
salir de Roma, huyendo de los rigores de la mala
estacion, S. S. I. permaneció allí sin temor á las

fiebres malignas, de las que no fué toca lo. Cuan-
do llegó el caso de la suspension del Concilio y la
necesidad de la dispersion de los Padres, el I. S.
Guerra, previendo los grandes sufrimientos que
esperaban al Padre comun de los fieles, quiso que-
darse en Roma, con objeto de acompañar á S. S. en
la desgracia y compartir sus penas y trabajos.
Mas tuvo que prescindir de esta generosa resolu-
cion, en virtud de las órdenes terminantes del S.
Pontífice para que todos los obispos se restituye-
ran á sus iglesias.

Regresó, en efecto, á la República en Diciembre
de 1870 y en su tránsito para Zacatecas permane-
ció algunos dias en esta capital. En ella, sus anti-
guos amigos tuvieron el gusto de visitarle, y de
verse recibidos y tratados con el mismo cariño,
finura y atenciones que estuvieran acostumbrados
á recibir en otros dias. El I. S. Guerra no gusta-
ba de esas relaciones superficiales y ceremoniosas
que no hacen mas que imponer deberes penosos en
la sociedad, sin causar ninguna de aquellas satis-
facciones propias de los sentimientos de la amistad.
Sin embargo, sabia como el que mas, satisfacer á
las exigencias sociales; y ninguno como él para
cumplir con escrupulosa exactitud con las atencio-
nes que pide el trato civil mas culto y exigente.
No se pagaba de tratamientos oficiales, ni de con-
vencionales fórmulas de respeto, con las cuales

muchos hombres se dan por satisfechos: y, á pesar de esto, era muy esmeroso en honrar á cada cual con los títulos, dictados y fórmulas que pudiera creerse con derecho á exigir en sociedad. En una palabra, era un hombre perfecto y delicadamente educado, así moral como civilmente.

Era también, entusiasta por los afectos domésticos y por los goces de una amistad franca, sencilla y cordial: en esta parte se podía decir que todo él era corazón. Un amigo que desahogara en su seno una confianza íntima, un secreto penoso, un desbordamiento del corazón, podía estar cierto de encontrar en retribución las efusiones más dulces y los sentimientos más delicados, que expresados con espontánea naturalidad y acento conmovido, hacían que se creyera escuchar, salido del corazón del piadoso amigo, un eco animado de la palabra confidencial que se la había dirigido. Sucedió que, estando el I. S. Guerra en esta capital, tuviera que extrañar que no le visitara un amigo suyo cuyas afectuosas relaciones databan de cerca de cuarenta años: tomó noticias de él, y sabiendo que se encontraba en la desgracia, y sumido en la más desesperante amargura, le buscó en su casa y fué á presenciar en ella una escena de dolor, de lágrimas de esas que no tienen consuelo en lo humano. Lo que pasó entre un padre de familia desolado y el pontífice amigo que le buscaba para consolarle, no es

posible referirlo: lo sabe el que recibió la palabra de consuelo y de paz, y el que corrió á llevarla estimulado por el sentimiento de una amistad cristiana y de una piedad compaciente. Los detalles de esa escena, están escritos en las páginas en que el Señor de las misericordias y de toda consolación, anota las obras misericordiosas de los justos.

El que era todo corazón para sus amigos, y que se hacía todo para todos, como el I. Sr. Guerra, tenía derecho para ser exigente en sus relaciones, y lo era en efecto; pero su exigencia, sumamente fina y delicada, jamás degeneraba en impertinente ni ofensiva: la más ligera disculpa, la explicación más concisa bastaba para dejar satisfecha la susceptibilidad del generoso y caballeroso amigo. En la época á que nos referimos, había en esta capital una persona que tenía con el I. Obispo antiguas y cordiales obligaciones de afecto y gratitud. Luego que esta persona tuvo noticia de la llegada del Prelado, quiso visitarle; pero se abstuvo de hacerlo por motivos de decencia y delicadeza: era que no podía presentarse en la forma que fuera conveniente, tratándose de una persona tan respetable, y que, además, se encontraba alojada en un lugar demasiado visible. Estos motivos le retrajeron de satisfacer su deseo y cumplir con un deber, por uno, dos y tres días; pero al siguiente, sobreponiéndose á toda consideración, prefirió incurrir en